

ÍNDICE

Agradecimientos 7

El dinero virtual 9

PARTE I LA NATURALEZA DEL DINERO Y DEL CRÉDITO

- I. La deuda 25
- II. El dinero hoy y mañana 35
- III. El ciclo de intercambio 51
- IV. La adecuada cantidad de dinero y crédito 59
- V. El crecimiento y la evolución de los sistemas económicos 77
- VI. El mecanismo averiado 93
- VII. La economía global 107
- VIII. El poder financiero 129

PARTE II
SOBERANÍA FINANCIERA
Y UN NUEVO SISTEMA ECONÓMICO

IX.	Desaprendiendo economía	143
X.	Refundando el sistema económico	147
XI.	La soberanía financiera ciudadana	165
XII.	El premercado	177
XIII.	Los nuevos indicadores del bienestar	189
XIV.	La R-economía	193
XV.	El dinero en la R-economía	209
XVI.	Relaciones entre distintas economías	221
XVII.	Elementos de la R-economía	225
XVIII.	Variables fundamentales de la R-economía	231
XIX.	El cambio de paradigma	243
Epílogo		249
Bibliografía		253

Nada está perdido si se tiene por fin el valor de proclamar que todo está perdido y que hay que empezar de nuevo.

JULIO CORTÁZAR, *Rayuela*

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de años de trabajo, de 2003 a 2011. Son numerosas las personas que me han apoyado, de una u otra forma, para que este libro sea finalmente publicado. Por brevedad, solo puedo mencionar a las más importantes.

En primer lugar quiero recordar a Ramón Fernández Durán, por su generosidad y sus aportaciones. Quiero agradecer a Anna Monjo y al equipo de Icaria su paciencia con mis revisiones. A Marti Olivella por su apoyo en tantos aspectos, entre otros, la celebración en su casa del seminario del 24 de julio de 2010 para discutir el modelo. A todos los asistentes a aquel seminario por su tiempo y aportaciones. Gracias a Ricardo García Zaldívar y Carlos Martínez, por acogerme en el Consejo Científico de attac y presentarme a Anna Monjo. Gracias a mis amigos de la tertulia literaria del Restaurante Duduá: Mar Redondo, Isabel Festerling, Isabel Calvo, Loli Morán, Juan Carlos Sanz, Francisca de Ceballos, Carmen Cordero, Marlies Azazola, Jenny Lee Catron y Victoria Carmena, por ayudarme a pulir mi prosa y compartir conmigo tantas cosas buenas. Gracias a aquellos que han tenido el valor de leer este libro en sus versiones más tempranas y darme su opinión: Loli Morán, Mar Redondo, Sonia Castro, Álvaro Camps, Alejandro Girbal, Pablo Gasalla, Gustavo Matías, Sergi Caballero, Ferran Gatius, Iker Merchán, Miguel Yasuyuki, Stefano Puddu, Didac Costa y Enric Duran. Gracias

a Alfonso Vázquez, además de por leerme, por ayudarme a conocer mejor a Marx. Gracias a Francisco Martín por ayudarme a conocer mejor a Milton Friedman y prestarme tantos materiales útiles sobre el sistema financiero desde su experiencia en el Banco de España. Gracias a mis padres Pilar y Feliciano, por leerme, apoyarme, escucharme y mucho más. A mis hermanos y a mis amigos por serlo. A Paco Sanz Saiz, sin él nunca habría sido quien soy.

EL DINERO VIRTUAL

En una de las secuencias de la película *Yo robot* de 2004, basada en la obra del genial Isaac Asimov, el protagonista, interpretado por el actor Will Smith, toma una cerveza en un establecimiento. La acción transcurre en el año 2035. Quien le sirve es un androide de lo más amable y diligente. Cuando el héroe abandona el local no pide la cuenta: simplemente se levanta, saca del bolsillo algo parecido a una tarjeta de crédito, la menea en el aire sobre la barra y una voz metálica le contesta inmediatamente: «Gracias Mr. Spooner, su pago ha sido aceptado». Presa del hechizo que produce en mí la ciencia ficción me pregunté: ¿llegará el día en que los camareros sean androides?, ¿llegará el día en que no haya que esperar la cuenta para pagar? Lo menos futurista de toda la escena era que el protagonista pagara una consumición con una tarjeta de plástico.

¿Qué hay en este pequeño paso de prescindir de billetes y monedas, que no se ha dado ya? La técnica existe y la comodidad que reportaría es indiscutible.

Los billetes y monedas son el último vestigio que justifica la organización financiera mundial. Ese escaso 5% de la masa monetaria en circulación, que podría haber sido sustituido hace tiempo por la forma electrónica que tiene el restante 95%, es el símbolo que nos mantiene vinculados con toda una cultura del dinero, cuyo axioma principal es considerarlo una mercancía; algo que se puede comprar y vender, cuyo precio

de «alquiler» es el tipo de interés, cuyo precio de «venta» es el tipo de cambio de cada divisa frente al resto, y cuyos traficantes primeros son los bancos comerciales. Sacar un billete verde, azul o rojo de una cartera y pagar una consumición es el último ritual que representa esa cultura.

La transición desde un dinero que es tangible, aunque solo sea en una pequeña parte, a uno totalmente virtual podría considerarse inocua: un pequeño cambio de costumbres respecto a los medios de pago, una nueva forma del mismo concepto esencial. Nada hay más lejos de la realidad.

En el contexto monetario y financiero actual, eliminar el dinero en efectivo supondría eliminar la última de las libertades que podemos ejercer con nuestro dinero, la libertad de llevárnoslo a casa. Es más, si un número significativo de personas ejercieran esta libertad al mismo tiempo, el sistema bancario quebraría. De este modo, eliminar el efectivo significa eliminar también la posibilidad de que la voluntad popular quiebre el sistema bancario, posibilidad que hoy por hoy todavía existe.

Pero el contexto no ha evolucionado al mismo tiempo que el dinero. El examen de la naturaleza del dinero sería estéril si no considerásemos cómo se gestiona, los mecanismos mediante los cuales se crea y se pone en circulación, o cómo las personas y empresas lo obtienen cuando no disponen de él. Considerar el dinero como una mercancía es lo que nos lleva a comprarlo y venderlo. El contexto del mercado tiene sentido para las mercancías y el dinero originalmente era una de ellas.

Hace mucho tiempo que, aunque no se refleje en el modo en que lo tratamos, el dinero ya no es una mercancía y los expertos lo reconocen. La fecha clave en este respecto es 1971, la fecha en que el mundo abandonó el patrón oro. En realidad fue Nixon, el presidente de los Estados Unidos de la época, el que declaró la inconvertibilidad del dólar en oro; los demás países lo seguirían en poco tiempo. En 1992 Milton Friedman

se refería a dicho evento como el momento en que comenzaba un gran experimento, el de un dinero no respaldado por ningún elemento físico del planeta, y declaraba que los resultados de dicho experimento eran imprevisibles. El tipo de dinero que resultó de dar aquel paso se denomina *dinero Fiat*. Fiat en latín significa: hágase. Este nombre, que bien podría ir acompañado de una barita mágica y de un conjuro, es perfectamente apropiado para denominar el tipo de dinero que hoy día existe en el mundo. Lo que subyace tras el *dinero Fiat* es una mera convención, una especie de declaración de reglas de juego: «pongamos que el dinero es una mercancía; pongamos que lo asignamos en un mercado, el mercado de dinero, el mercado financiero; pongamos que el respaldo del gobierno es suficiente para los billetes, monedas y anotaciones en cuenta que constituyen la masa monetaria de un país; imaginemos que no hace falta oro ni ninguna otra mercancía para respaldarlo...».

Considerar el dinero como una mercancía es una *convención* que ha funcionado durante mucho tiempo; es esta razón utilitaria la que justifica que se haya mantenido en vigor, no que el dinero sea en sentido literal la mercancía-comodín que fue antaño. Sin embargo ¿hasta qué punto esa *convención* sigue funcionando?

Imaginemos una empresa que tiene varios empleados. Uno de ellos tiene un sistema de remuneración especial, que no se puede predecir de antemano, pero como quiera que sea, este empleado cada año cobra una cantidad más elevada en la empresa por su trabajo, cada año produce peores resultados y cada cierto tiempo origina una crisis de tal calibre que los lleva al borde de la quiebra. Visto así, sería muy sencillo determinar lo que hay que hacer con ese empleado: sustituirlo por alguien que haga mejor ese trabajo y no cobre tan caro. Al fin y al cabo, nadie es imprescindible. El que no se tomase esta medida nos haría sospechar de la profesionalidad de su superior

jerárquico. Traslademos este caso al contexto que nos interesa: la empresa de nuestro ejemplo sería la *economía real*, también llamada *economía productiva*, aquella que se encarga de producir los bienes y servicios reales (todo lo no financiero es real). El empleado díscolo de nuestro ejemplo sería el sistema financiero. Su misión para con la economía real es asignar de forma eficiente los recursos financieros. La retribución del sistema financiero en EE UU ha pasado de un 10% de los beneficios empresariales en la década de los años cincuenta a casi un 40% entre 2001 y 2005 (Benjamin Friedman, 2009). Sin embargo, el resultado de la asignación de recursos que produce el sistema financiero, el resultado del *trabajo* que ejecuta para la economía real es cada vez peor: crisis financieras cada vez más frecuentes, inevitables y graves (Rusia, Sudeste asiático en 1997, Japón en 1990, Argentina en 2001, la crisis global iniciada en 2008...). ¿No sería lógico empezar a pensar en sustituir al sistema financiero actual por uno más competente?

Los intentos de cuestionar el sistema monetario o financiero se suelen concentrar en asuntos accesorios y periféricos, como su regulación o supervisión; las críticas están dirigidas por lo general a ponerle parches. Ir más allá, cuestionar la esencia misma del sistema, resulta inconcebible hasta para los más críticos y se entiende con frecuencia como un ataque al libre mercado. De esta forma se elude un análisis desapasionado de su eficiencia y la falta de análisis imparciales es el triunfo del fundamentalismo. Podemos aportar numerosos argumentos para poner de manifiesto las disfunciones que el sistema financiero causa en la economía y en la sociedad y lo haremos. Aun así, si nos limitáramos a esto, seguiríamos enfrentados con el dogma y conducidos hacia un campo de batalla donde habría que vencer la fuerza de lo establecido.

El mercado y la responsabilidad individual

Profundizar en las razones por las cuales el sistema financiero no funciona va a ser inevitable, pero no es el objetivo que este libro persigue. La cuestión podría perfectamente ser la contraria ¿por qué iba a funcionar algo tan arbitrario, basado en hipótesis tan ficticias? De la extensa colección de posibles causas para el malfuncionamiento del sistema financiero actual, por ahora, nos vamos a quedar con la que consideramos suficiente, la que lo invalida por completo.

Volvamos al experimento que se inició en 1971, el de un dinero no respaldado por ningún recurso físico o tangible que exista en la naturaleza. Ese experimento ha culminado en la crisis global que se inició en 2008 y aún no tiene fin a la vista. Los avances tecnológicos y la globalización en materia financiera han hecho evolucionar al sistema financiero hasta que se ha convertido en la mejor versión posible de sí mismo. El hecho de que esta evolución haya conducido a (o, como mínimo, haya coincidido con) esta crisis de proporciones colosales nos lleva a una conclusión. Cuando el perfeccionamiento de una idea lleva a su máxima perversión, estamos hablando del mecanismo de reducción al absurdo, uno de los más eficaces para demostrar que una hipótesis es falsa. La esencia del sistema financiero, la hipótesis de partida en la que se basa la convención financiera, como hemos visto, es el mercado de dinero. Y el mercado (cualquier mercado) se basa en la responsabilidad individual, en la asunción individual de riesgos para la obtención de un beneficio también individual: si la inversión es acertada, el inversor se beneficia; si la inversión es fallida, el inversor pierde su dinero. Este razonamiento es el eje en torno al cual se articula no solo el sistema financiero mundial, sino toda la economía de mercado. Este eje es el que hace que el mercado, como sistema organizativo, prime la competitividad, el mérito y la eficiencia. Estamos hablando del concepto que subyace en

la metáfora de Adam Smith: la mano invisible, el mecanismo que hace que cada agente, buscando su propio interés, conforme con su acción el bien para el sistema en su conjunto. Pero este axioma ya no se cumple en el gran mercado del dinero. Si algo nos vienen enseñando las crisis financieras en general, y esta en particular, es que, cada vez con mayor frecuencia, los riesgos financieros son públicos. En el sistema financiero actual las ganancias se privatizan, mientras que las pérdidas se socializan, porque las pérdidas generadas en una crisis financiera son sociales, se quiera o no. No hay nada más incompatible con el mercado.

Las entidades financieras mal gestionadas se hunden solo cuando no tienen el tamaño suficiente para ser consideradas «demasiado grande para caer». Esto es una especie de versión moderna de la bula papal, que en este caso sirve para no someterse a las reglas de la competencia del mercado, que es equivalente a ganar el cielo en la tierra. Oportunamente el sector bancario no ha cesado de concentrarse a base de fusiones y adquisiciones de modo que las entidades son cada vez de mayor tamaño. Para estos colosos que se consideran «demasiado grandes para caer», la eficiencia pasa a ser un adorno, pues en caso de equivocarse en sus inversiones, el resultado no es la quiebra, sino que el gobierno salga en su rescate. El fracaso no se penaliza y el éxito es un premio al tamaño; no al buen hacer, al análisis de riesgos cuidadoso, a la sabiduría, la prudencia o incluso la valentía inversora. La ventaja del tamaño, el volumen o lo que también podríamos denominar el «pulmón financiero», tiene mucho más peso entre los factores de éxito que la competencia profesional, tanto en el ámbito bancario como, por extensión, en el empresarial.

El hecho de que el riesgo financiero sea público, en lugar de individual, supone el descrédito definitivo del mercado de dinero. Sin responsabilidad individual entramos en el terreno

en que todo vale. Y si todo vale, nos dirigimos hacia el caos. Lo que nuestro evolucionado sistema financiero ha demostrado con su sofisticación ha sido la reducción al absurdo de la idea central del sistema financiero: la idea de que el dinero se puede comerciar en un mercado como cualquier otra mercancía y que la mayor eficacia del sistema económico en general se alcanza solo si asignamos los recursos financieros de esta forma.

De instrumentos

Aunque partamos del hecho de que el sistema financiero está obsoleto, es nuestra única referencia mental. No hay un catálogo de sistemas financieros donde elegir. Solo hay uno: el sistema financiero de dinero Fiat, digital en su mayor parte, que se gestiona en el mercado de dinero, o versiones más antiguas de él que sin duda no van a solucionar nada. Volver al pasado nunca es una solución, es ignorar los factores que nos trajeron al presente.

Uno de los objetivos de este libro es poner en perspectiva el sistema financiero y el concepto esencial que nos permite hacerlo ya ha sido mencionado: el sistema financiero es un elemento asociado a la naturaleza del dinero. Un dinero de otra naturaleza no tendría por qué ir asociado a un sistema financiero basado en el concepto de comerciar con el dinero, podría ser gestionado y funcionar en otro sistema diferente. Por lo tanto, el objetivo será analizar el sistema monetario y financiero en relación con la naturaleza del dinero.

La primera característica del dinero, sea del tipo que sea, es la de ser un instrumento.

El dinero es el instrumento que permitió superar las limitaciones del trueque y desarrollar la forma de cooperación humana que denominamos mercado. El sistema financiero gestiona el dinero con la misión de hacerlo llegar a la econo-

mía real. Entonces, puesto que el dinero es un instrumento, necesitamos analizar cómo funcionan los instrumentos. Lo primero que nos encontramos al iniciar ese análisis es que los instrumentos están unidos a un contexto de uso determinado. Pongamos otro ejemplo de instrumentos y contextos de uso: pensemos que queremos enmarcar una pintura y que tenemos cuatro listones de madera pulidos y cortados a escuadra, de las medidas adecuadas para montar un marco. Imaginemos que solo tenemos dos instrumentos disponibles: podemos utilizar el instrumento «clavos» o el instrumento «grapas». Estos dos instrumentos sirven para unir los listones entre sí y crear un marco. La diferencia entre ellos consiste en que, para utilizar el instrumento «grapas» necesitaremos el elemento adicional llamado «grapadora», pues está en la naturaleza de la grapa no servir para nada sin una grapadora. Por el contrario, si el instrumento que elegimos son los «clavos» necesitaremos el elemento asociado llamado «martillo», ya que sin él, el instrumento «clavos» es inservible. A nadie se le ocurriría montar un marco con el instrumento «clavos» asociado al elemento «grapadora». Los instrumentos tienen que ir de la mano de los elementos asociados que les permiten funcionar adecuadamente: el conjunto de esos elementos es su contexto de uso.

De forma similar, el dinero es un instrumento y el sistema financiero es uno de los elementos asociados al dinero que permite gestionarlo. El dinero, mercancía del origen de los tiempos (la sal, el oro, etc.), se ha ido reemplazando por representaciones más cómodas de utilizar como los billetes y las anotaciones en cuenta. Se asume implícitamente que todas estas variantes del dinero constituyen, en esencia, distintas formas del mismo instrumento. Pero ¿qué ocurriría si no fuera así?

El dinero virtual: el nuevo instrumento

Las anotaciones en cuenta son muy antiguas. En Mesopotamia se han encontrado restos arqueológicos que consisten en formas geométricas modeladas en barro que representaban bienes como grano, animales, etc. En esas formas geométricas, con el paso del tiempo empezaron a grabarse inscripciones, de forma que la representación de esos bienes se producía por medio de la inscripción más que por la forma de la figura de barro. Las formas de barro fueron aplastándose hasta convertirse en tablas en las que se grababan signos. La escritura nació en el año 3.500 a.C. para llevar anotaciones en cuenta de bienes (Schmandt, 2002).

En la actualidad, lo que se anota en cuenta es el dinero. Como si el dinero siguiera siendo un bien escaso. Las anotaciones en cuenta son en teoría «estados transitorios del dinero», pues en cualquier momento, el dinero puede ser transformado en su forma física: los billetes o monedas. Hasta ahora, era necesario que el dinero pudiera transformarse en algo físico. Sin embargo, desde que las anotaciones en cuenta son digitales y, gracias a las tarjetas de crédito y la banca online, se puede acceder a esas anotaciones en cuenta de forma segura, sencilla e inmediata, cada vez es menos necesario. El cambio que esto supone es inconmensurable: hoy día el dinero puede cumplir su ciclo completo sin materializarse ni una sola vez en algo tangible.

Visualicemos los pasos previos y posteriores que pudieron producirse cuando Mr. Spooner pagó la cerveza sosteniendo una tarjeta a dos palmos de un escáner incrustado en la barra de un local. Mr. Spooner recibe del gobierno su sueldo de policía en su cuenta corriente a través de una transferencia electrónica, por eso dispone de una tarjeta que le permite realizar pagos con cargo al dinero depositado en esa cuenta.

Al pagar, ese dinero se transfiere desde la cuenta corriente de Mr. Spooner a la de los propietarios del bar donde toma esa consumición. Imaginemos que estos tienen un crédito con un banco y que a principios del siguiente mes reciben un adeudo en su cuenta por uno de los pagos parciales correspondientes a la devolución de dicho crédito y el dinero de Mr. Spooner desaparece en dicho pago de la cuenta de los dueños del local. El importe de esa cerveza ha recorrido su ciclo completo sin haberse materializado en ningún momento y no hace falta llegar al año 2035 para que la secuencia de acontecimientos que hemos descrito se produzca.

Por lo tanto, la anotación en cuenta digital es un nuevo instrumento que está en condiciones de sustituir al que tenemos. La anotación en cuenta es el nuevo instrumento que permite superar las limitaciones del trueque y articular la forma de cooperación humana que denominamos mercado, ya que puede realizar el trabajo completo que tiene encomendado, sin necesidad de materializarse en ningún otro instrumento.

Sin embargo ¿qué ocurre con la gestión de este nuevo instrumento? ¿Tiene sentido utilizar de forma mayoritaria el instrumento dinero virtual, pero dentro de un contexto regido por las reglas que se crearon para aquella mercancía comodín que servía para articular los intercambios del mercado? Esas reglas han cristalizado en la convención que las ha mantenido inmutables a lo largo del tiempo, mientras el dinero sufría transformaciones insólitas.

La respuesta es: no. Trataremos de demostrar que el dinero virtual no es un instrumento que se gestione de forma adecuada con el vetusto sistema monetario y financiero actual, sino un instrumento diferente que exige mecanismos de funcionamiento diferentes.

Este libro estaba destinado exclusivamente a presentar un nuevo sistema monetario y financiero de dinero virtual, basado en una teoría monetaria dinámica y pensado para funcionar en una economía libre de mercado. Lo hemos denominado *R-economía*, donde la *R* corresponde a Real, Registrada y Responsable. La evidencia que mostraremos en la primera parte del libro debía servir de base para mostrar, en la segunda parte, hasta qué punto alcanzaban las mejoras técnicas de este nuevo sistema. Queríamos demostrar que en la *R-economía* no habría crisis financieras, que no habría especulación ni tampoco crisis de sobre-producción, etc. Sin embargo, el proceso de estas evidencias nos ha revelado una realidad que no podemos ignorar y darla a conocer se nos presenta como un objetivo mucho más interesante que el original. Los antecedentes son los siguientes:

Los rescates bancarios que están teniendo lugar en los últimos años nos están mostrando que existe un proceso claro de conversión de deuda privada en deuda pública. Un proceso que hace que los ciudadanos de a pie tengan que pagar, mediante sus impuestos, las pérdidas de instituciones financieras, si es que esto es posible considerando los volúmenes grandiosos de deuda privada existentes.

Por otro lado, se están produciendo también rescates encubiertos de bancos centrales como la Reserva Federal. En junio de 2011 una auditoría reveló que la Reserva Federal había empleado 16 billones (16 millones de millones) de dólares en préstamos a interés del 0% para rescatar bancos de todo el mundo. Estos rescates no se han cargado directamente a los contribuyentes americanos, pero suponen un acceso privilegiado a los recursos por parte de entidades financieras para cubrir los desastres de la pésima asignación de recursos que hicieron en el pasado.

Si a esto unimos el poder de emitir deuda pública y la capacidad de emitir dinero de gobiernos y bancos centrales sin

limitación alguna (también denominada *quantitative easing*), nos encontramos en una situación en que el dinero «ganado», el ahorro de particulares y las reservas de empresas productivas, tienen el mismo poder de acceso a la producción y a los recursos que el dinero creado de la nada, en volúmenes irrealistas, con el único objetivo de sostener un sistema monetario y financiero insostenible.

Dicho en otras palabras, nos encontramos ante el saqueo efectivo de la economía real por parte de la economía financiera. Si tratamos de concebir por qué, en el llamado mundo libre, estamos sufriendo esta situación sin rechistar, estaremos mucho más cerca de la realidad que queremos describir en este libro.

La organización económica actual aparenta estar basada en un análisis científico de los hechos que tienen lugar en la esfera de lo económico, en cambio no lo está. En particular, todas nuestras asunciones básicas respecto al dinero son doctrinas y lejos de ser científicas u objetivas, constituyen la base de una forma ideológicamente sesgada de organización social.

Las bondades de la R-economía no son solo técnicas, como nos había parecido. En la confrontación entre el modelo monetario y financiero actual y la R-economía ha emergido un concepto de forma natural, el concepto de la *soberanía financiera*.

La soberanía financiera es la capacidad de participar en la toma de decisiones que tiene lugar en la esfera de la gestión de los recursos financieros y el crédito, y está constituida por una serie de derechos. El poder financiero consistiría en el ejercicio de estos derechos. El poder financiero, que hoy día domina el mundo, no está al alcance de la ciudadanía porque la soberanía financiera no está reconocida. La R-economía no es solo un sistema monetario y financiero alternativo que incorpora notables mejoras técnicas, es un sistema en el que el respeto a la soberanía financiera de los ciudadanos es posible.

En la primera parte de este libro daremos el papel protagonista al dinero y a la deuda y analizaremos el funcionamiento de la economía real desde ese punto de vista. Este ejercicio nos permitirá un doble objetivo. En primer lugar, nos permitirá establecer las bases de un nuevo sistema monetario y financiero que dé respuesta a las necesidades de la economía real, pero al mismo tiempo descubriremos las implicaciones de la organización monetaria y financiera actual y la servidumbre que impone a las personas. Descubriremos que la forma de obtener los recursos financieros consiste en la competencia por el capital. Los países, las empresas, las personas competimos entre nosotros por el capital. Competimos ofreciéndole buenos beneficios al mínimo riesgo posible. Este es el rasgo que caracteriza al capitalismo, el rasgo que lo distingue de una mera economía de mercado, un rasgo financiero. No es de extrañar que asignar recursos de este modo provoque siempre un reparto a favor del capital en la distribución de la renta y en detrimento del trabajador, pues es el capital el que determina qué proyectos se llevan a cabo y cuáles no, y siempre financiará a los que le favorezcan en la distribución de la renta. Esta realidad impide a los ciudadanos tomar las decisiones que más afectan a su destino, tales como qué producir, cómo, o si es conveniente que la producción económica crezca constantemente. Por el contrario, en el sistema monetario actual el ciudadano está sometido al crecimiento económico permanente y privado de la prerrogativa de reducir la jornada laboral como respuesta a los repetidos incrementos en la productividad.

En la segunda parte presentaremos tres conceptos: la *soberanía financiera* como una serie de derechos en cuyo ejercicio consiste el poder financiero, el *premercado*, como el nuevo ámbito donde tomar las decisiones relativas a la soberanía financiera y la *R-economía*, como un sistema monetario y financiero en el que es posible ejercer la soberanía financiera.

A quienes no conciben otra forma de organización social que no pase por el mercado, este libro les puede demostrar que, contra la famosa proclama thatcheriana de TINA (*There Is No Alternative*), la alternativa no solo es posible sino imprescindible para una sociedad de personas libres. Para que esta alternativa se pueda materializar es preciso llevar a cabo dos tareas: en primer lugar, revelar el yugo invisible al que estamos sometidos, en cuya creación y mantenimiento tanta responsabilidad tiene la Ciencia Económica. En segundo lugar, liberarnos de él. La primera tarea es la importante. Este libro está escrito y publicado para contribuir a ella.